

## **Debate: de la crítica al texto** **Julio Irazusta malinterpretado**

**Juan Fernando Segovia**  
CONICET

*Universidad de Mendoza*  
*Instituto Argentino de Estudios Constitucionales y Políticos*

Me encuentro en una incómoda posición. No soy el albacea testamentario de Julio Irazusta. Sin embargo, como le considero mi maestro en filosofía política e historia argentina, me he visto obligado a asumir la defensa de sus ideas contra malas interpretaciones, a veces tan protervas que me he preguntado si, bajo la cáscara del académico erudito o la pelusa del historiógrafo renovador, no late una perversa intención, un retorcido y malintencionado fin, el propósito de falsear, destruir o quebrantar su aporte a la historia y la política argentinas y la filosofía política en general. En esta oportunidad, por una conjunción de factores penosos, vuelvo a situarme en ese estado de legatario indebido, autotitulado, de su nombre y memoria.

### **Un maestro, una tesista, una alumna, un profesor**

Sucedió que hace casi dos décadas, llegó a Mendoza una alumna japonesa enviada por el profesor Fernando Devoto –conocedor de los trabajos del historiador Irazusta–<sup>1</sup>, con el objeto de realizar una serie de entrevistas y avanzar así en su propia investigación sobre Julio Irazusta y Raúl Scalabrini Ortiz. No recuerdo exactamente el año, pero sí que traía en carpeta un largo cuestionario que iba a someter a Enrique Zuleta Álvarez, Enrique Díaz Araujo y a mí. En el caso de los dos primeros nombrados no cabe duda del acierto de su director, pues son discípulos de Don Julio y han escrito mucho sobre su obra; en el mío, no había más mérito que el libro que dediqué a su filosofía política<sup>2</sup>.

Nos vimos en el CRICYT y traté de responder a su indagatoria. Luego de ese día no tuve más noticias suyas hasta la publicación de su libro<sup>3</sup>. Al principio me resistí a comprarlo, pero la insistencia de un librero –que me

---

<sup>1</sup> Barbero y Devoto, 1983.

<sup>2</sup> Segovia, 1992.

<sup>3</sup> Mutsuki, 2004.

azuzó diciéndome que me había salido una competidora– fue bastante para que me hiciera de él. Nada más leerlo y advertir que no le fui de mucha ayuda, al punto que ni siquiera recuerda nuestro encuentro. Además, lo presumía: había leído ya el último libro de Devoto sobre el primer nacionalismo argentino, al que considera una especie de forúnculo liberal que, luego de soltar su pus y envenenar el cielo democrático, vuelve al solar familiar con el ánimo tranquilo y la vergüenza camuflada de juventud alborotadora, dispuesta a concluir el jolgorio, aunque su autoritaria fiebre enfermarse, con el correr de los años, otros cuerpos y otras cabezas<sup>4</sup>.

Cuando aparecieron ambos libros había dejado ya mi cátedra de Historia de las ideas políticas y sociales de la edad contemporánea, que por más de una década enseñé en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo. Por mi curso, un año, había pasado una alumna inteligente, inquieta, inquisitiva, que es quien acaba de reseñar el libro de la Mutsuki<sup>5</sup>.

Es así como, por los azares de la vida, en las páginas de esta revista, vuelven a encontrarse el maestro muerto, la tesista japonesa ya doctora, la ex alumna hoy licenciada y con doctorado en curso, y el viejo profesor que no enseña más donde otrora. ¿Qué los ha vuelto a unir? Me temo que mi empecinado y amoroso respeto al maestro. Si hay un responsable de esta junta, reconozco ser yo, que no puedo dejar de recaer en mi vicioso empeño de preservar la recta interpretación de las enseñanzas de Julio Irazusta.

Pero no soy un convidado de piedra. Primero, porque en estas materias late un interés nacional que cualquier argentino bien nacido no puede menos sentir vibrante en todo su ser. También porque la historiografía no es coto cerrado de caza sino campo abierto a todo aquel que conozca lo que se discute. Y además acepto la invitación, ¡por qué no!, de Oriana Pelagatti al concluir su reseña. En efecto, ella se pregunta: *¿Hasta qué punto esta nueva mirada [la de Noriko Mutsuki] permite superar las polémicas?* [de la historiografía argentina en torno al nacionalismo e Irazusta]. Y concluye con generosidad que debe elogiarse: *Cada lector está invitado a responder a esta pregunta a través de la lectura de este libro y la también polémica imagen de Irazusta.*<sup>6</sup> Aplaudo a Pelagatti por no quedarse con la última palabra, lo que es propio de un buen hermeneuta. Acepto gustoso el convite y respondo con mi lectura de Mutsuki, de Pelagatti y de Irazusta.

---

<sup>4</sup> Devoto, 2002.

<sup>5</sup> Pelagatti, 2006.

<sup>6</sup> Pelagatti, 2006: 248.

### Condiciones de una buena lectura y una sana reseña

Me parece que, para terciar en la discusión que se acaba de abrir, es necesario dejar claro que ésta gira principalmente en torno a Julio Irazusta –su filosofía política, su revisionismo histórico y su visión de la política argentina– y secundariamente sobre el nacionalismo o los nacionalistas argentinos. Hay por tanto un núcleo central –Irazusta– que se expande hasta abarcar un movimiento que le desborda, en buena medida<sup>7</sup>.

Por tanto, un buen libro sobre Irazusta, lo mismo que una buena reseña de tal libro, debe empezar por una lectura de las obras de Julio Irazusta y, por extensión, de los principales nacionalistas argentinos. Lo primero, porque si no se conoce la producción intelectual de Don Julio (o se la conoce mal o se la sabe de oídas o por haberla encontrado mechada en algún libro) mal puede cualquiera escribir sobre él o reseñar un libro que le tiene por figura central. Lo segundo, porque si Irazusta está ligado al nacionalismo argentino de un modo distintivo y particular, ¿cómo acceder al conocimiento de lo que le diferencia sin saber lo que tiene de común con los otros nacionalistas?

Las exigencias no son arbitrarias, vienen impuestas por la sana y sensata labor del historiador y del crítico: así como el artesano no puede ejercitar su oficio si carece de los elementos materiales de su trabajo, así tampoco el historiador puede historiar (algo, alguien) si carece del saber sobre el objeto historiado.

Yo soy el primer tocado por las reglas anteriores. Si algún defecto reconozco en mi tesis de 1987 sobre Julio Irazusta, es mi pobre conocimiento de los nacionalistas argentinos. Leí, por entonces, toda la producción irazustiana y la interpreté en el contexto del pensamiento político universal que conocía suficientemente para defenderme. Pero me faltó un saber más abarcador de los nacionalistas. Con el tiempo he intentado adquirirlo, al menos creo estar hoy en mejor posición que hace dos décadas<sup>8</sup>.

Las reglas tocan también, me temo, a la reseña de Oriana Pelagatti. Al seguir a pie juntillas las zancadas de su reseñada, la crítica no da muestras de saber más que ella sobre Irazusta o el nacionalismo. Presumo, salvo prueba en contrario que gustoso recibiré, que Pelagatti debe haber

---

<sup>7</sup> Se pregunta Piñeiro, 2005: 236, si es posible explicar las peculiaridades ideológicas del nacionalismo y entender las continuidades y rupturas que se producen en un movimiento tan heterogéneo a partir de una biografía y también el por qué de la elección de este intelectual y no de otros. Evidentemente no, pero habrá que ceñirse a lo pretendido por la Mutsuki, dejando para el final el problema señalado.

<sup>8</sup> Véase Segovia, 2006a.

leído un par de libros sobre los nacionalistas –Devoto seguro, Halperín Donghi lo apostaría, Zuleta Álvarez quizá–, incluso que puede conocer otro par de textos de Julio Irazusta, pero no los suficientes para juzgar el acierto o no de la interpretación ofrecida por Mutsuki. Se puede hacer la reseña de un libro sobre el nacionalismo en general si uno tiene realizadas las lecturas canónicas del tema, pero no se puede reseñar justamente –con justicia– un libro sobre un historiador, pensador y político en particular sin conocer sus obras de historia, crítica literaria, filosofía y filosofía política, historiografía, política cotidiana, etc.

Quien así procede, se queda en un plano accesorio, de lecturas secundarias sobre lecturas secundarias, en el que se ha perdido el texto del cual esas lecturas hablan: tanto repasar la tesis de Devoto, las afirmaciones de Halperín Donghi, las ideas de Buchrucker, etc., nos olvidamos de Irazusta, que era de quien se hablaba finalmente. Es éste un pecado de la historiografía liberal que hoy nos manda: su descuido de las fuentes, tal vez intencional, pero que, en todo caso, hace naufragar el barco que navega. La lectura secundaria (me refiero a Mutsuki y compañía) es parasitaria; el texto primario (Julio Irazusta) se ha perdido, no es más que *fuentes remotas de una proliferación exegética autónoma*, como afirma Steiner. Y cuando así sucede, *nuestro discurso habla sobre el discurso, y Polonio es el maestro*<sup>9</sup>.

Eso le ha pasado a Pelagatti: como no conoce seriamente el universo escrito de Julio Irazusta, juzga el texto de Noriko Mutsuki por él mismo y no más allá de algunas historias generales como las que apunté. Y no lo digo con mala fe. Entiéndase bien: cualquiera puede escribir una reseña de un libro que ha leído, pero para que sea buena es necesario que el crítico sepa algo (o bastante o mucho) de aquello que osa reseñar. De lo contrario, no pasará de un comentario al uso o a pedido. No digo que la reseña de Pelagatti haya sido en rogatoria de algún pope de la historiografía reinante y campante; digo que, por faltarle el horizonte del saber irazustiano, es solamente un comentario que sigue al pie de la letra el libro reseñado y, ahí, precisamente ahí, repite los errores de Mutsuki.

De ahí que esta nota no se titule «del texto a la crítica», porque supondría que ya existe un conocimiento del texto (la obra irazustiana) que nos lleva a su crítica como paso ulterior. La inversión que he propuesto, «de la crítica al texto», se debe a que habrá que alterar el camino, quiero decir, hay que reconducir los historiadores a los textos originales, abandonar las lecturas parasitarias e ir a buscar las «fuentes remotas» y olvidadas para poder juzgar la certeza de la crítica o de la reseña.

---

<sup>9</sup> Steiner, 1989: 56.

### Los errores japoneses no son cuentos chinos

Realizaré una breve crítica al libro de la Mutsuki, paralela a la de la reseña de Pelagatti, para luego retomar la visión de conjunto. No comparto los juicios del director y prologuista sobre el libro: no encuentro en él renovación de los estudios nacionalistas ni descubrimiento de nada nuevo en torno a Irazusta<sup>10</sup>; por el contrario, como dice un crítico que conoce la materia, el libro no aporta nada, salvo confusiones<sup>11</sup>. En realidad, el libro es un enredo de cabo a rabo, plagado de incomprendimientos de nuestra peculiaridad nacional, de lo específico del nacionalismo, de la naturaleza del liberalismo, de la índole del antiimperialismo y, finalmente, del pensamiento de Julio Irazusta.

No es poco decir que Noriko Mutsuki ha pagado muy caro el precio de tratar de comprender una cultura diferente a la suya, por más que la asesorase un japonés conocedor de estas tierras y un argentino doctorado en historia nacional. A cada página se nota que la historia argentina –y la explicación que de ella hacen los nacionalistas– no es su fuerte, y que esta debilidad corre pareja a su escasa compenetración en el pensamiento político occidental.

En general, el suyo es un libro chato, superficial, que oscila entre la crónica y el relato; a veces es ambas cosas y entonces se vuelve más soportable por menos errático; es decir, sus mejores momentos son aquellos en los que describe o cuenta sin interpretar. Aquí está la segunda gran falla de la tesis de Mutsuki: si poco sabe de nuestra historia, es absolutamente negada para la filosofía y, en particular, la filosofía política. Digo «negada» tanto en el sentido de que suele rehusar el juicio filosófico como que, cuando lo emite, es regularmente equivocado. Y lo digo sin maldad, en honor a la verdad. En este caso, siendo Julio Irazusta un hombre de cabal versación filosófica, no puede comprenderse sin saber algo de filosofía; y siendo también él un filósofo de la política, mal se le puede entender desconociendo sus grandes problemas y su historia. Por eso el libro está mal compuesto: no se acaba de saber si la autora persigue una idea –que normalmente se le vuelve esquiva– o simplemente intenta comentar textos de Irazusta. Y la glosa tampoco es acertada, por lo general.

Los primeros capítulos son aburridos y sin brillo alguno. Mutsuki se desenvuelve monótonamente entre lugares comunes de la historiografía sin encontrar nada nuevo, sin saber dar una vuelta de tuerca a lo ya dicho, sin siquiera ahondar sobre los asertos canónicos. Peor aún: estos capítulos, como el libro todo, están plagados de innumerables errores de

---

<sup>10</sup> Mutsuki, 2004: 11-14. Coincide con Devoto, Pelagatti, 2006: 244.

<sup>11</sup> Piñeiro, 2005: 241.

interpretación. No puedo hacer un pormenorizado detalle de éstos, porque me llevaría otro libro. Lo que sí me extraña es que Oriana Pelagatti, que sabe de historia argentina y de pensamiento político moderno y contemporáneo, no haya ni siquiera apuntado algunos de los yerros. Pero más asombroso todavía es que su director no los haya advertido ni corregido.

El libro adolece de errores históricos, errores de concepto y errores de comprensión. Algunos, sólo algunos, de los yerros históricos y conceptuales son los siguientes<sup>12</sup>:

1. decir que el peronismo fue un gobierno represor sin más prueba que sus dichos<sup>13</sup>;
2. creer que los nacionalistas republicanos eran parlamentaristas, desconociendo que nuestro régimen es presidencialista (aunque existe algo semejante a un parlamento que en realidad se llama congreso) y que aquéllos nunca sostuvieron un régimen parlamentario;
3. afirmar que en 1912 se introdujo el sufragio universal *en el sentido exacto* como si pudiese haber un sufragio universal inexacto, además de que entonces lo que se introdujo fue el voto secreto y el registro público;
4. sostener que los nacionalistas se oponían al *sistema electoral centenario*, pues debería decirse «del Centenario» o, en todo caso, «censitario»;
5. decir, muy suelta de cuerpo, que nuestra tradición de gobierno personal –que ya es opuesta conceptualmente al régimen parlamentario– nos viene de la Colonia, fagocitándose nuestro pasado y echando las culpas al período hispánico;
6. mantener que en la revolución de 1930 eran pocos los oficiales rebeldes, cuando en realidad fueron numerosos<sup>14</sup>;

---

<sup>12</sup> Los puntos que siguen corresponden a Mutsuki, 2004: 18, 22 y 149, 42, 57, 67, 74, 76, 113, 117, 136 y ss., 205 y 211.

<sup>13</sup> Por cierto, si el peronismo es represor y si Irazusta es un liberal (como insiste Mutsuki), entonces es explicable el antiperonismo de éste y se derrumba la imputación –que Mutsuki repite de la mano de Scalabrini Ortiz y Jauretche– de no estar del lado del pueblo ni adherir a la revolución nacional (Mutsuki, 2004: 176 y 213), porque estar con el pueblo era lo mismo que apoyar al represor. El antiperonismo de Julio Irazusta tiene otra raíz, que no es liberal, pues observó en el gobierno de Perón la continuidad de la política pro imperialista (Irazusta, 1956). Mutsuki lo tuvo a la vista, pero sus confusiones en torno al antiimperialismo y el liberalismo, le impiden calar hondo en la cuestión, porque está compenetrada de la idea de que los nacionalistas son, en el fondo, unos liberales quejosos.

<sup>14</sup> Cuando menos, desconoce el estudio exhaustivo de Díaz Araujo, 1998.

7. atribuirle a esa revolución una idea corporativista, tópico ciertamente dudoso y vulgar, como he intentado demostrar en otro lugar<sup>15</sup>;

8. repetir la leyenda negra de la conquista que a esta altura es tan falsa como de mal gusto;

9. insistir en el nazi-fascismo de los nacionalistas, usando como gran argumento el «Libro Azul» publicado por el gobierno norteamericano, injuria generalizada que, no por tal, merece ser como mínimo matizada y, como más, condenada en su imprudente generalización histórica;

10. hacer un desbarajuste monumental con los aspectos del anti-imperialismo, que trastoca conceptos y posiciones, sin que nada quede claro<sup>16</sup>;

11. glosar un dicho de Jauretche («me comprendan las generales de la ley») asegurando que se trata de la ley *de la historia*;

12. atribuir las diferencias nacionales –en la óptica antiimperialista de los diversos nacionalistas– a razones congénitas, cuando en realidad se trata de hábitos y tradiciones de cada pueblo; etc.

Hubiera esperado que la reseña marcara siquiera algunos de estos defectos, pero los ha callado, tal vez considerándolos errores de apreciación intrascendentes y perdonables en un extranjero, lo que no resulta consecuente con el juicio que pondera su aporte historiográfico lejano de las disputas hogareñas y valioso profesionalmente<sup>17</sup>. Cuando las lacras y menoscabos se reiteran –como en el caso de Mutsuki– es conveniente señalarlas para que el crítico no luzca como un lector superficial. Careciendo de crítica, la reseña no pasa de un tácito panegírico.

### Intereses económicos e interpretación histórica

Me detengo en sólo uno de sus juicios históricos que es ya paradigmático en nuestra historiografía, el que aduce Mutsuki, en tono de crítica, cuando dice de los Irazusta que adoptaron en su antiimperialismo el punto de vista de los ganaderos pequeños y medianos, propio de sus intereses económicos rurales<sup>18</sup>. Independientemente de que la autora

<sup>15</sup> Segovia, 2006 b.

<sup>16</sup> Dice bien Piñeiro (2005: 241): *Tampoco nos parece adecuado adjudicarle al antiimperialismo una dimensión religiosa que opone al imperialismo anglosajón-protestante una nación hispano-católica. Los motivos del anti-imperialismo irazustiano estaban estrictamente vinculados a la dependencia económica.*

<sup>17</sup> Pelagatti, 2006: 247-248.

<sup>18</sup> Mutsuki, 2004: 101.

desconoce el conflicto centenario entre los productores de la pampa húmeda y los de litoral, repite una idea que está en otros autores<sup>19</sup> y que se emplea como censura a su honestidad histórica y sinceridad política. Y, en principio, no debería ser así, pues defender un interés concreto, cuando es justo –el de los pequeños productores y saladeristas entrerrianos contra terratenientes porteños–, de ninguna manera es inmoral en política ni invalida los juicios de un historiador vinculado a ellos. Podría reprobarse en el caso que ese interés particular se usare políticamente contra el bien común o el interés nacional; y cuando, en la obra histórica, nublare la visión de ese bien nacional. Pero, en cuanto a Julio Irazusta, no cabe el reproche, pues no sucede así, en el primer modo ni el segundo, ni nadie lo ha podido probar.

Además, Mutsuki supone que son los dividendos económicos que se esconden tras la pluma, lo que hizo que Irazusta se comprometiese con los intereses rurales y diera la espalda al pueblo y los intereses populares encarnados en el peronismo<sup>20</sup>. Como tantos otros, la historiadora se vale de conceptos equívocos para condenar posiciones políticas, porque ¿qué es el pueblo? Más concretamente, ¿es más pueblo el proletariado urbano que el obrero rural?, ¿es pueblo sólo la masa agolpada en torno a las grandes ciudades que se organiza sindicalmente y no es pueblo la desperdigada peonada o el pequeño propietario rural? *Los sectores tradicionales con los que prefería identificarse –escribe Mutsuki– constituían esa oligarquía a la que denunciaba por su debilidad ante los ingleses; los nuevos sectores populares, (...) no se ajustaban para nada a la imagen del ciudadano racional y responsable*<sup>21</sup>. Un verdadero nacionalista debería estar con los intereses del pueblo y no con otros; proteger los intereses de los productores litoraleños no es popular, tampoco nacionalista y aún menos lícito al historiador. Julio Irazusta es, pues, un oligarca, según el silogismo japonés.

No cabe duda de la relativa validez –si no la completa nulidad– de esta interpretación extremista, que por materialista, es tan torpe y parcial como la matriz marxista de la que deriva. El método histórico de asociar las ideas políticas (o los trabajos históricos) a una reivindicación de clase social o la defensa de determinados intereses o sectores económicos para

---

<sup>19</sup> Devoto, 2002: 199, los ubica en el tibio mundo de las relaciones sociales del conservadorismo; Halperín Donghi, 2003: 151, los vincula a los intereses terratenientes; y el mismo gran maestro, en libro posterior, los acusa de representar la burguesía rural (Halperín Donghi, 2004: 62 y 128).

<sup>20</sup> Mutsuki, 2004: 176.

<sup>21</sup> Idem: 216.

condenarlos, es erróneo, más aún cuando lleva a la consecuencia de producir por sí una condena, por simple asociación. Como si el historiador no fuese un hombre de carne y hueso; como si debiera asilarse del mundo en alguna nube, convertirse en un fantasma, hombre abstracto, solamente vinculado a realidades etéreas. ¡Sueño racionalista en el que reposan muellemente nuestros materialistas!

### Turismo histórico-intelectual

Mutsuki estudia a Irazusta como un turista lee la guía de una ciudad desconocida, tratando de ubicar lugares en un suelo que le resulta ignoto. Mostraré a continuación algunos de los errores de comprensión de nuestra turista. No ha notado ella, para empezar, que en la pelea de los productores entrerrianos contra los frigoríficos porteños, se está manifestando el mismo planteo proteccionista del siglo XIX<sup>22</sup>, del que los nacionalistas son continuadores por su oposición al librecambio<sup>23</sup>. Porque no es docta en el pensamiento político occidental no ve, en la crítica de Don Julio a la democracia (un puñado de ciudadanos rodeados de una masa de esclavos), ni la ironía ni la implícita referencia a Rousseau<sup>24</sup>. Es que Irazusta aún, en la crítica a la democracia, las razones políticas a los argumentos económicos, siendo así un sistema político-económico que atenta contra el recto orden social. Cuando juzga del militarismo de los jóvenes de *La Nueva República*, se vale de un pasaje de Uriburu que, en realidad, es un elogio del Ejército y sus virtudes civiles y morales; claro está que el equívoco proviene de su pobre concepto del militarismo<sup>25</sup>.

Nuestra historiadora –sin entrar en querellas– critica la tarea revisionista de la historia encarada, entre otros, por Julio Irazusta, argumentando que no era una empresa profesional sino amateur, que sus autores estaban movidos por pasiones políticas antes que históricas, y que sus resultados fueron escasamente originales<sup>26</sup>. Lo primero no resiste el menor análisis, es un prejuicio propio de los historiadores titulados que niegan méritos a quienes no pasaron por la universidad; como juicio

---

<sup>22</sup> Idem: 57-58.

<sup>23</sup> ¡Y eso que Mutsuki le dedica a la crítica nacionalista al librecambismo una cuantas páginas (2004: 86-91)!

<sup>24</sup> Mutsuki, 2004: 58-60. Decía Rousseau: *¿No se mantiene la libertad sino con el apoyo de la servidumbre? Puede ser. Los extremos se tocan. Todo lo que no está en la Naturaleza tiene sus inconvenientes...* (1762: III, 15).

<sup>25</sup> Mutsuki, 2004: 68-69. Lo define como *el culto a los militares profesionales* (idem: 148), es decir, ausente de todo elemento político. Invalida así su propio juicio.

<sup>26</sup> Idem: 105-106. Sigue las consignas de Halperín Donghi, 1970, como era de desesperar.

retrospectivo, hoy no deberíamos leer a Tucídides, a César, incluso a Mitre. En cuanto a lo segundo, es un aspecto demasiado peliagudo como para dilucidarlo en pocas líneas; pero sí, el revisionismo irazustiano está movido por preocupaciones políticas, tanto en un sentido filosófico –que había aprendido en Croce<sup>27</sup>, como en un sentido estrictamente político de servir al bien de la Argentina. Y no hay en ello menoscabo alguno: Devoto y Halperín Donghi sirven a la democracia (fin político) como Irazusta sirvió a la Argentina. En fin, en lo que hace a la originalidad, ¿en qué consiste? Recordemos que Julio Irazusta ha escrito la obra más importante sobre Juan Manuel de Rosas, inigualada tras setenta años<sup>28</sup>; que su *Balance de siglo y medio* está aún vigente; que su libro sobre el pronunciamiento de Urquiza fue pionero y conserva actualidad; etc. ¿Qué es la originalidad?, ¿es una virtud intrínseca de los estudios históricos?, ¿consistirá en descubrir nuevos «minerales» o también en enriquecer nuestro conocimiento del pasado con nuevos puntos de vista? ¿No fue original Julio Irazusta? Y si no lo fue, ¿a qué insistir, volviendo una y otra vez sobre un mediocre, para criticarle?

Antes de visitar el último monumento, dejemos a nuestra turista explicarnos qué es una nación, o al menos cómo la entendía Julio Irazusta. En un párrafo de su invención, Mutsuki nos asegura que la nación es *una entidad nacida espontáneamente y mantenida por descendientes de la misma sangre*, es decir, un concepto cultural que los Irazusta deben a sus antecedentes familiares, pero que ensancharon por su formación greco-latina, de donde no se trata de la tradición hispánica sino de un concepto (¿político?) de esa herencia clásica. Sin citar un solo texto de Irazusta, le endilga una teoría étnica de la nación que desfallece ante la realidad de la heterogeneidad argentina<sup>29</sup>. No caben más yerros en dos páginas: no ha recurrido a ninguna fuente para abonar su peregrina tesis; esboza una concepción étnica que no está en Irazusta, y halla su causa en las relaciones familiares<sup>30</sup>; rechaza el ideal hispanista de nación que sí se

---

<sup>27</sup> Segovia, 1992: 66-74.

<sup>28</sup> El primer tomo de la *Vida política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia*, apareció en 1941; y el noveno y último en 1970.

<sup>29</sup> Mutsuki, 2004: 114-115.

<sup>30</sup> Otra vez aquí el materialismo marxista pasado por agua, en la versión Devoto: son las relaciones sociales las que explican las ideas.

encuentra en Irazusta<sup>31</sup>; y le anexa una cuña clasicista que en todo caso hace a su formación filosófico-política y no a su visión de la nación<sup>32</sup>.

¿Por qué tan antojadiza apreciación? Porque Mutsuki está tratando de seguir una idea del iconoclasta Halperín Donghi donde es imposible seguirla, ésta es: que los nacionalistas tienen una visión decadentista de la historia nacional<sup>33</sup>. Por lo tanto, el pesimismo político e historiográfico de Julio Irazusta ha de explicarse por el inevitable contraste entre ese prototipo étnico puro que forma ciudadanos racionales y responsables y el pueblo real argentino, variopinto, irracional y anárquico<sup>34</sup>. No me queda más que una respuesta: muéstreme un texto, ¡un solo texto!, en el que Julio Irazusta pregone este ideal étnico y esa espontánea formación de nuestra nacionalidad engarzada en hombres racialmente puros y homogéneos, y callaré para siempre. Mientras tanto, tendré que mandar a Mutsuki y sus apologistas a que lean a Irazusta, consejo que no les vendría nada mal seguir.

### Nacionalismo y liberalismo

El liberalismo irazustiano está, según Mutsuki, en las mismas entrañas del joven nacionalista, que concurre a la revolución de 1930 porque tenía ganas de participar en política: *no es que el antiliberalismo los impulsó a destruir el régimen constitucional, sino que ante sus defensores, llamados "legalistas", se convirtieron en antiliberales*. En todo caso, era antidemocrático, pues el antiliberalismo es *vago y débil*<sup>35</sup>. Esto es como si se dijese que los defensores del régimen (¡los radicales!) eran falsos liberales, aprovechados de las instituciones; y que los revolucionarios (¡esos nazi-fascistas!) eran los verdaderos liberales, aunque tuvieran que traicionar las ideas para hacerlas brillar. Pocas veces he leído un ejercicio hermenéutico tan alejado de toda lógica como distante de la verdad: para acomodar las cargas a los prejuicios escolares, todos tienen que ser

<sup>31</sup> Lo ha probado Zuleta Álvarez, 1993.

<sup>32</sup> Otra vez Piñeiro tiene razón, porque el concepto irazustiano de nación no es étnico sino hispánico y, por lo tanto tradicionalista, con algún rasgo organicista, propio de la filosofía clásica fuertemente arraigada en España (2005: 240).

<sup>33</sup> Halperín Donghi, 2005. Si Don Julio es un revisionista decadentista, Don Tulio es un anti revisionista también decadentista: la democracia, que cree es la ley de nuestra historia, nunca se consigue, siempre fracasa. ¡Si no fuera por el nacionalismo y el peronismo, Don Tulio, qué grandes seríamos!

<sup>34</sup> Mutsuki, 2004: 215-216.

<sup>35</sup> Idem: 83.

liberales, unos prebendarios y guardianes de la ley, otros matones desclasados y revolucionarios.

Como escribe esta historia desde la atalaya prejuiciosa recién mostrada, Mutsuki confunde constantemente la negativa de Irazusta a apoyar un Estado «grande» en lo socio-económico con el liberalismo ortodoxo<sup>36</sup>. La tesista propone implícitamente que el nacionalismo debe apoyar un Estado «grande», ecuación que no es necesariamente así. Y cuando se infiltra en las redes del antiimperialismo, lo confunde con el antiliberalismo<sup>37</sup>, y acaba frustrando cualquier posibilidad de comprender la naturaleza política del antiimperialismo y también la del liberalismo. Por lo pronto, en cuanto a esta sinonimia entre Estado «chico» y liberalismo, habría que hacerle saber que la no aceptación de un Estado «grande» necesariamente no dice de la ideología liberal: el conservadorismo anglosajón, el catolicismo político y el tradicionalismo hispano son algunas de las corrientes antiestatistas no liberales. El repudio al estatismo, en Julio Irazusta, responde más a estas escuelas de pensamiento político que al liberalismo, como he mostrado, de algún modo, en mi libro<sup>38</sup>.

Aquí, nuevamente, lo político se coaliga a lo económico, como ya dije en cuanto a la crítica irazustiana a la democracia; en efecto, reclamar un gobierno pequeño o «mínimo», que no se enredara en cuestiones económicas, era un argumento antiimperialista: mientras más se agranda el Estado mayores son los nichos liberados al imperialismo económico y más cuantiosas las ganancias de los cipayos que le sirven. No tiene sentido alguno afirmar que el antiimperialismo de Irazusta es de tipo *moral*, confrontado con el antiimperialismo *económico* de Scalabrini Ortiz<sup>39</sup>, pues en Don Julio se dan ambos aspectos: sin la inmoralidad del lacayo local no se comprende cabalmente la consecuencia económica de la dominación imperialista<sup>40</sup>. Luego, no favorecer el crecimiento estatal era una disposición dictada por la prudencia política, que podía cambiarse cuando variasen las circunstancias, de modo que Irazusta nunca la mantuvo de modo tajante o absoluto, y propuso algunas medidas de promoción económica, tanto en la

---

<sup>36</sup> Idem: 86, 88, 91, 140, 164, 170, 172.

<sup>37</sup> Como bien dice Piñeiro, 2006: 237-238.

<sup>38</sup> Segovia, 1992: 127-200.

<sup>39</sup> Mutsuki, 2004: 100 y 202.

<sup>40</sup> Resulta realista, entonces, intentar corregir la inmoralidad de la oligarquía política criolla. Irrealista sería decirle a los ingleses que se dejen, por favor, de explotar otras naciones. Mutsuki se ríe de este realismo (2004: 100).

senda proteccionista como en defensa de los países americanos<sup>41</sup>. Por esto mismo no entiende Mutsuki el neutralismo predicado por los Irazusta durante la segunda guerra y le atribuye un larvado fascismo o al menos intereses no muy claros<sup>42</sup>. ¿Cómo encaja este gusto fascista con aquel liberalismo? Salvo en algún juego de abalorios japoneses, entremezclado con viejas teorías comunistas, no se puede hablar de liberal fascismo. En este mismo terreno, comparar el antiperonismo de Irazusta con el de la Unión Democrática, bajo la sospecha de un liberalismo compartido por unos y otros, es un despropósito<sup>43</sup>. Se da pábulo a la tesis de Plotkin, para quien los antiperonistas son liberales<sup>44</sup>, simplismo masificador que elimina diferencias entre los opositores para privilegiar el propio discurso de Perón sobre la nueva política<sup>45</sup>. A resultas de ello, todos: comunistas, católicos, radicales, socialistas, conservadores y nacionalistas son hijos del liberalismo, aunque no lo sepan como los hijos de Mitre.

Alienta el liberalismo de Irazusta, según la Mutsuki, la crítica a la política exterior peronista<sup>46</sup>. Este juicio es doblemente erróneo. Por un lado, consecuente con la idea de Plotkin, Mutuski asume que todo antiperonista es necesariamente liberal, modo reduccionista de fabricar historias a contrapelo de la misma historia. Por el otro, no sabe de la importancia que Irazusta daba a la diplomacia al servicio de los intereses nacionales<sup>47</sup>, concepto a partir del cual Don Julio enjuiciaba la imposibilidad teórica y las inconsecuencias prácticas de la tercera posición del peronismo, como prueba en *Perón y la crisis argentina*. El cambio de actitud durante la guerra fría no se puede atribuir al liberalismo irazustiano sino a un juicio de prudencia política, de alta diplomacia, que le hacía a valorar qué posición correspondía mejor a la grandeza Argentina en un mundo netamente bipolar, y no qué era lo ideológicamente correcto. Sin embargo, Mutsuki concluye que Irazusta no debe ser considerado como un vero antiimperialista<sup>48</sup>. Queda así probado que no ha comprendido nada de lo estudiado, que todo el capítulo III de su libro es pura hojarasca, y que sus

---

<sup>41</sup> Mutuski entiende incongruente con el liberalismo económico de Julio Irazusta que éste propusiese en 1941 la suspensión del pago de la deuda externa, la nacionalización de los servicios públicos y la creación de una unión aduanera americana (2004: 139-140).

<sup>42</sup> Idem: 136.

<sup>43</sup> Idem: 157.

<sup>44</sup> Plotkin, 1993: 51-54.

<sup>45</sup> Segovia, 2005: 33-48.

<sup>46</sup> Mutsuki, 2004: 168.

<sup>47</sup> Segovia, 1992: 109-111.

<sup>48</sup> Mutsuki, 2004: 202.

contradicciones pueden más que la verdad<sup>49</sup>. Como era liberal, el antiimperialismo de Irazusta era una mentirita.

### ¡Pobre Don Julio!

Consecuente con su óptica turística, al final de la visita, Mutsuki revela las fotos del periplo: Irazusta es un liberal que defiende la constitución; Irazusta profesa un nacionalismo paradójico que niega la peculiaridad argentina en aras de una tradición política universal; el antiimperialismo irazustiano es una pantalla que encubre su posición pronorteamericana y anticomunista, propia de su liberalismo; no obstante es nacionalista, aunque su nacionalismo se origine en un complejo de inferioridad propio de una nación deprimida, porque ésta no es étnicamente pura. Al fin y al cabo, lo único que continúa de modo permanente en Irazusta es *aquella perspectiva en la que consideraba a la nación como una unidad cuyo grado de desarrollo podría ser criterio de medir la excelencia étnica*<sup>50</sup>. ¡Justamente lo que Irazusta nunca sostuvo se le atribuye como su idea fija!

Ya he mostrado de qué modo las incongruencias de la propia tesista se le antojan incongruencias de Don Julio. El liberalismo que le atribuye no tiene más asidero que el no saber qué es el liberalismo; el nacionalismo que a medias se le reconoce está fundado en la granizada cerebral que padece Mutsuki, que a esta altura no puede identificar nada ni nadie; el antiimperialismo de Irazusta no es antiimperialista pero sigue siendo antiimperialismo; y la nación que siempre ha amado y protegido es la convocatoria a una unidad étnica de vaya a saber qué etnia. Tales son las disparatadas conclusiones de nuestra turista que, uno espera, la crítica sepa reconocerlas y develarlas. ¿Es así?

Pelagatti ha considerado acertado que Mutsuki siguiese *una estrategia inductiva para transformar el análisis del pensamiento de Irazusta en una exploración del nacionalismo*, pues así ha logrado demostrar *la falta de homogeneidad ideológica de sus miembros*, lo mismo que *la fugacidad y sucesión de asociaciones nacionalistas y las dificultades para adquirir una forma institucional duradera*<sup>51</sup>. El método de la autora, sin embargo, me parece desacertado a los fines propuestos, y la opinión de la crítica carece

<sup>49</sup> En efecto, si Mutsuki ya ha descartado todo antiimperialismo real en Julio Irazusta, ¿por qué dice unas páginas más adelante que, en coincidencia con Scalabrini Ortiz, proponía una fusión del neutralismo con el antiimperialismo? (2004: 206).

<sup>50</sup> Idem: 221.

<sup>51</sup> Pelagatti, 2006: 243.

de lo que debería poseer: una visión crítica del plan a la luz de sus resultados. Coincido, en cambio, con Elena Piñeiro cuando escribe que si es ya arriesgado *estudiar el pensamiento nacionalista como producto de un conjunto de actores individuales, parece más arriesgado descubrir las peculiaridades ideológicas del nacionalismo a partir del pensamiento de un solo actor ya que el movimiento era sumamente heterogéneo*<sup>52</sup>. Observación atinadísima: difícilmente pueda tenerse una visión de conjunto de los nacionalistas, estudiando solamente uno o dos. Con todo lo representativo que pudo haber sido Julio Irazusta, no cabe duda que las huestes nacionalistas fueron muy variadas y dispersas como tener una perspectiva de conjunto atendiendo sólo a Don Julio<sup>53</sup>.

También asiste la razón a Piñeiro cuando, a renglón seguido, apunta que *no se explica la relación entre la coherencia ideológica y la debilidad de los agrupamientos ya que, si bien los grupos nacionalistas no fueron capaces de organizarse de manera estable, sus posiciones ideológicas estaban definidas y eran coherentes, al menos en un principio con el repudio hacia el liberalismo democrático*. He insistido no hace mucho en este aspecto, pues el aporte fundamental del nacionalismo se dio en el plano de las ideas políticas y no en el de la acción concreta; incluso en este terreno, puede verse al nacionalismo como un movimiento proteico que se concretó en *formas de acción diferentes y hasta divergentes, que realizan y traicionan a la vez y en grado diverso, según el caso, la doctrina y las ideas nacionalistas*<sup>54</sup>. Como hipótesis de investigación es tan válida como su contraria, la que le atribuye una inveterada parálisis organizativa y cerebral.

Dice Pelagatti que, al cabo, Mutsuki nos trae un Julio Irazusta nuevo, *presentado como un nacionalista conservador distanciado del nacionalismo autoritario*<sup>55</sup>. Me temo que no hay tal novedad: la primera tesis fue ya sostenida por quien esto escribe hace quince años: la quinta parte de mi libro desarrolla precisamente el carácter conservador del nacionalismo irazustiano<sup>56</sup>. Acepto que Mutsuki y Pelagatti no hayan leído lo que escribí, pero si lo hubieran hecho, la una no hubiera presentado a la otra como genial descubridora, y esta otra hubiera encontrado algún correctivo a su interpretación. De todos modos, la segunda parte de la frase de Pelagatti es inexacta, al menos parcialmente: porque ni Pelagatti ni Mutsuki leyeron toda

<sup>52</sup> Piñeiro, 2005: 237.

<sup>53</sup> ¿Y si Pelagatti relee a Mutuski? ¿Y si Mutsuki se lee a sí misma? Dice ésta: *resulta arriesgado estudiar el pensamiento nacionalista como producto de un conjunto integrado de diferentes actores individuales* (Mutsuki, 2004: 25). ¡Touché!

<sup>54</sup> Al criticar el libro de Beraza, 2005, en Segovia, 2006a, pp. 66-67.

<sup>55</sup> Pelagatti, 2006: 247.

<sup>56</sup> Segovia, 1992: 127 y ss.

la obra de Irazusta, no advirtieron que la impronta reaccionaria de sus ideas le conduce a desesperar frente a las falencias del régimen, coqueteando con formas autoritarias sin abandonar jamás su prédica republicana, como he tenido ocasión de explicar<sup>57</sup>.

Se ha visto mérito en el libro de Mutsuki al proponer *una mirada desde afuera*, alejada de las polémicas políticas e historiográficas, resultando así un *abordaje original*<sup>58</sup>. Ninguna de las tres observaciones es justa: el abordaje desde afuera, supraterrrenal, en este caso, se parece más a la incomprensión del turista que al entendimiento sosegado del observador neutral; decir que es ajena a las polémicas locales es incorrecto, porque, sin ruido y tratando de no rivalizar, Mutsuki sigue a Devoto en el método historiográfico materialista y en la banalización del nacionalismo como engendro liberal, además de arrodillarse ante la biblia de Buchrucker<sup>59</sup>; y que de esto resulte un abordaje original, lo dudo, salvo que la originalidad sea la ensalada o el bodrio intragable que nos acaba ofreciendo.

Carece de importancia que Mutsuki, como dice Pelagatti, haya contribuido a *la renovación y profesionalización de la historiografía argentina*<sup>60</sup>. Nada renueva quien sólo repite, y mucho menos quien omite juicios anteriores semejantes a los suyos; y eso pasa con Mutsuki: repite ideas de Devoto y su escuela, y calla juicios que ya formulé con anterioridad. ¿Se puede considerar este aporte como renovador? Que haya contribuido a la profesionalización de la historiografía es completamente falso: no es profesional el historiador que esquiva las polémicas para adherir a tesis que da por ciertas sin recoger a quienes las disputan; tampoco es profesional el ofrecernos un libro plagado de errores de todo tipo, que la crítica silencia compartiendo sus culpas; menos profesional aún son las contradicciones flagrantes y el cambio de sentido de las categorías histórico-conceptuales hasta volverlas irreconocibles. Si hay algún beneficio profesional, lo habrá conseguido la Mutsuki. Su doctorado argentino seguramente le permitirá progresar en las universidades japonesas.

Concluyo devolviendo la palabra a quien quiera tomarla. Leamos a Irazusta y volvamos al debate. Si consigo que le lean, algo habremos adelantado.

---

<sup>57</sup> Idem: 149-155.

<sup>58</sup> Pelagatti, 2006: 247.

<sup>59</sup> Escribe Mutsuki: *En 1987, Cristian Buchrucker abordó de manera ortodoxa la relación del nacionalismo argentino con el fascismo y el peronismo* (2004: 23).

<sup>60</sup> Pelagatti, 2006: 248.

**Bibliografía**

- Barbero, María Inés y Devoto, Fernando (1983). *Los nacionalistas (1910-1932)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Beraza, Luis Fernando (2005). *Nacionalistas*. Buenos Aires: Cántaro.
- Devoto, Fernando J. (2002). *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno de Argentina Ed.
- Díaz Araujo, Enrique (1998). *1930. Conspiración y Revolución*. Mendoza: Facultad de Filosofía y Letras, U. N. Cuyo, 3 t.
- Halperín Donghi, Tulio (1970). *El revisionismo histórico argentino*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Ed.
- (2003). *La Argentina y la tormenta del mundo. Ideas e ideologías entre 1930 y 1945*. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores Argentina.
- (2004). *La república imposible (1930-1945)*. Buenos Aires: Ariel.
- (2005). *El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional*. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores Argentina.
- Mutsuki, Noriko (2004), *Julio Irazusta. Treinta años de nacionalismo argentino*. Buenos Aires: Ed. Biblos.
- Pelagatti, Oriana (2006). *Crítica bibliográfica a Noriko Mutsuki, Julio Irazusta. Treinta años de nacionalismo en la Argentina*, en Revista de Historia Americana y Argentina, Año XXVI, 3ª Época, Nº 41, Mendoza, pp. 243-248.
- Piñeiro, Elena T. (2005). *Reseña bibliográfica de Noriko Mutsuki, Julio Irazusta. Treinta años de nacionalismo en la Argentina*, en Colección, Nº 16, Buenos Aires, pp. 236-241.
- Plotkin, Mariano (1994). *Mañana es San Perón*. Buenos Aires: Ariel.
- Rousseau, Jean-Jacques (1969 [1762]). *Contrato social*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Segovia, Juan Fernando (1992). *Julio Irazusta. Conservatismo y nacionalismo en la Argentina*. Mendoza: Editorial Idearium de la Universidad de Mendoza.

- (2005). *La formación ideológica del peronismo*. Córdoba: Ed. del Copista.
- (2006a). *Luis Fernando Beraza y la banalización del nacionalismo*. Buenos Aires: Instituto Bibliográfico Antonio Zinny.
- (2006b). *La revolución de 1930. Entre el corporativismo y la partidocracia*, en *Revista de Historia Americana y Argentina*, Año XXVI, 3ª Época, N° 41, Mendoza, pp. 7-50.
- Steiner, George (1989). *Presencias reales*. Buenos Aires: Ed. Destino, 1991.
- Zuleta Alvarez, Enrique (1993). *España y el nacionalismo argentino*, en *Cuadernos del Sur*, N° 23/24, Bahía Blanca, pp. 5-34.

